

CAMINO DE CARNAVAL

Rafael Ruiz Pleguezuelos

SINOPSIS:

Camino de Carnaval es una historia cruel ambientada en la España de finales del XIX, que explora la incorporación de las primeras mujeres a la universidad. Carlos, un estudiante de medicina, es invitado a pasar una temporada en casa de la chica que está revolucionando la facultad: Mariana, la primera mujer en pisar esas aulas. La admiración y entrega que siente hacia su amiga se verá frenada cuando conozca la forma en que ésta trata a su familia, especialmente a su hermana Clara. Estando a solamente unas semanas de que se celebre el carnaval, Carlos se ofrece a confeccionar un disfraz para Clara, pero desde el momento en el que comience a coserlo, su salud se debilitará y comenzará a tener unos extraños sueños que para su sorpresa se irán haciendo realidad en escena de manera paulatina.

Incluso una hora antes de caer,
Dios aún pensaba que el Diablo
era hermoso en el cielo.

Arthur Miller

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

CLARA

MARIANA

CARLOS

ISABEL

La acción transcurre en la España de finales del siglo XIX, coincidiendo con la incorporación de las primeras mujeres a la universidad.

Izquierda y derecha, las del espectador.

ACTO PRIMERO

El gran salón de una casa suntuosa, pero a la vez caduca y siniestra. Hay un ambiente entre aristocrático y decadente que perturba. La decoración está compuesta por cabezas de jabalíes y ciervos, y cuadros intimidatorios con escenas de caza. Unos grandes velones parecen proyectar más sombras que luz sobre la estancia, que también recibe el reflejo de una gran chimenea en el centro. Permanecerá siempre encendida. Habrá alguna ventana que muestre la hora del día y la meteorología. La entrada de la calle es la izquierda, mientras que la salida derecha lleva a las dependencias interiores: dormitorios, comedor... Un diván estilo imperio en el centro, a la derecha, no muy lejos de la chimenea. Una hermosa biblioteca de lomos encuadernados en cuero del centro a la izquierda. Un pequeño aparador. Una mesa grande.

CLARA lee junto a la chimenea en el momento en que entran MARIANA y CARLOS, cargando pesadas maletas. Están empapados. Fuera llueve a cántaros, una tormenta. Ambos dejan las maletas en el suelo, con ruido. CLARA se pone de pie al verlos entrar, suelta el libro y se acerca a ellos.

MARIANA.- *(hiriente.)* ¡Te comienza la afición a leer el día que tienes que ayudar! Si hubieras estado pendiente, nos podrías haber abierto.

(CLARA, humilde, se acerca a la hermana y la besa. Responde sumisa, sin contestar a la provocación.)

CLARA.- He estado mucho tiempo esperando en la portada de la casa, pero me moría de frío.

MARIANA.- ¿Y no has oído los caballos?

CLARA.- No. Creí que desde aquí os oiría llegar, pero se ve que la lluvia lo ensordece todo. Además, por tu carta, pensaba que llegabais ayer.

MARIANA.- *(Seca.)* Pues ya ves que tu ayer es hoy.

CLARA.- *(A CARLOS)* Espero que a pesar de todo hayas tenido un buen viaje. Bienvenido. Mi hermana habla maravillas de ti en sus cartas. *(Mirando a MARIANA.)* Las pocas que hemos recibido.

MARIANA.- *(a CARLOS, que comienza a espantarse un tanto con la relación que parecen tener las hermanas.)* Mi hermana suele mezclar las buenas palabras con los reproches. No suelta una palabra buena sin que vaya acompañada de alguna queja. Te acabarás acostumbrando, espero, aunque yo no haya conseguido hacerlo nunca.

(CLARA saca del aparador un par de paños de algodón.)

CLARA.- Tomad, secaos el pelo y la cara, por lo menos. No vayáis a coger una pulmonía. Y venid al fuego.

(Acercan unas sillas al fuego, ante el que se sientan MARIANA y CARLOS, uno enfrente del otro. MARIANA comienza a quitarse los botines y las medias, empapadas. Al instante hace lo mismo con los pies de su amigo, mediante unos gestos que pueden pasar por sensuales y que desde luego no pasan desapercibidos a CLARA. Cuando ya tienen ambos los pies desnudos, juegan a acercarlos al fuego y tocarse el uno al otro.)

CLARA.- Lo peor es tener los pies fríos. Es como si tuviéramos en ellos la medida de todo lo demás.

MARIANA.- (*Queriendo dejar mal a su hermana delante de CARLOS, que por educación no sigue demasiado el juego.*) Eso lo dice la que está seca.

CLARA.- (*De nuevo sin entrar al trapo, por lo que ya nos damos cuenta de que debe ser su manera habitual de comportarse.*) No es que hayáis tenido mala suerte con la lluvia. Es que no ha parado de llover ni un minuto desde hace más de una semana. Hace un tiempo... que no es realista.

MARIANA.- ¡Que no es realista! ¿Pero qué es eso? No intentes ampliar tu vocabulario de golpe, hermana. (*Mirando hacia el lugar en el que está el libro que leía al inicio.*) La cultura no llega leyendo un libro.

CARLOS.- (*Por pura piedad, intentando romper una lanza en favor de CLARA.*) Bueno, yo la he entendido. (*Levantando su mirada, echa un vistazo al libro que acaba de soltar CLARA.*) ¿Qué estás leyendo?

MARIANA.- Carlos quiere ser escritor, así que ten cuidado con lo que dices.

CLARA.- Felicia Helmans.

MARIANA.- ¡Felicia Helmans! ¡Pero si ya nadie se acuerda de ella!

CLARA.- A mí me gusta leerla porque me recuerda a Padre.

CARLOS.- (*Comienza a recitar, y CLARA se une a ella, provocando un momento de comunión entre ellas.*) ¡Hijo de la isla oceánica! ¿Dónde duermen tus poderosos muertos? Muéstrame qué promontorio alto y señorial/ es el lecho de su gloria./ Márchate, extranjero. Busca la profundidad/ libera y extiende una vela libre/ pues puede que el viento no sople ni que las olas arrojen espuma/ donde no descansen los muertos.

MARIANA.- (*Evidenciando fastidio.*) Cursi. Lo veo cursi. Ahí os quedáis, rapsodas. Yo voy a buscar a Mamá.

CLARA.- No andes descalza, Mariana.

MARIANA.- No te preocupes. Ahora traigo las medias que me tenías que haber buscado tú. ¿Dónde está Madre?

CLARA.- *(Mostrando que el estado de la madre le sobrepasa.)* En el torreón, como siempre. Pero te va a impresionar verla. Está peor que nunca. No su cuerpo, su mente. No para de hablar del Apocalipsis. Según ella llueve tanto porque estamos a punto de que los cielos se abran.

(La advertencia de CLARA acerca del estado de la madre no parece impresionar demasiado a MARIANA.)

MARIANA.- Vengo con ella en un momento.

(Sale por la derecha. CLARA toma la silla junto al fuego que un momento antes ocupó su hermana. CARLOS y ella permanecen un momento mirándose, una especie de silencio incómodo entre ambos. CARLOS no deja de jugar con sus pies ante el fuego. CLARA no parece poder evitar mirarle, como si fuera la primera persona extraña que ve en mucho tiempo.)

CLARA.- Ya te habrá dicho Mariana que madre está... bueno, que vive las cosas de una manera especial. A nosotros nos gusta verlo así, sin más.

CARLOS.- Me había dicho que pasa demasiado tiempo sola.

CLARA.- Bueno, sola no. Normalmente está conmigo...

(Nuevo silencio entre ambos. CLARA no puede dejar de ver los jugueteos de los pies de CARLOS delante del fuego.)

CLARA.- Mi abuelo decía que si jugábamos mucho con el fuego, esa noche nos mearíamos en la cama.

CARLOS.- En todas las casas se dice. Pero eso es para que dejemos de jugar con él y no nos quememos.

CLARA.- *(Algo cortada por la explicación de CARLOS.)* Sí, claro. Es su forma de decirlo.

(Nuevo silencio entre ambos.)

CARLOS.- Me ha sorprendido cuando has dicho que tu hermana hablaba mucho de mí en sus cartas... porque, a decir verdad, ella apenas si te había mencionado. Ni siquiera estaba seguro de que vivieras en la casa. Pensaba... que a lo mejor estabas casada y vivías en otro sitio.

CLARA.- ¡Casada yo, qué lástima! Ya irás viendo que la relación entre mi hermana y yo no es precisamente... *(Reprime el final de la frase.)* ¡Bueno, acabas de llegar y te estamos dando una impresión...!

CARLOS.- Ninguna familia es perfecta.

CLARA.- Eso es verdad.

(CARLOS se separa del fuego y contempla la biblioteca.)

CLARA.- A ti no me atrevo a decirte que no andes descalzo, pero tampoco deberías.

(CARLOS sonríe.)

CARLOS.- Tu hermana me ha dicho que tenéis una biblioteca impresionante. Todo Coleridge, Wordsworth, Byron, grabados de Blake... ¡quién lo iba a decir, aquí... en mitad del campo!

CLARA.- Mi padre adoraba todo lo inglés y odiaba lo español. La nuestra es la biblioteca más inglesa que puedes encontrar en España.

CARLOS.- Mariana dice que alguna gente del pueblo llama a este lugar *la casa de los libros*.

CLARA.- (*Sonríe al oír eso.*) ¡La casa de los libros! ¡Pero qué fantasía tiene mi hermana! Más bien lo llaman *la casa de la loca*, por cómo está Mamá desde la muerte de padre. Pero no me molesta, si te digo la verdad. Es cuestión de acostumbrarse. Si hubiera alguien así en casa de algún vecino seríamos nosotros los que diríamos *la casa de la loca*, de modo que no hay por qué enfadarse.

CARLOS.- Sus palabras exactas fueron: “Ven a mi casa. No hagas ningún plan. Si estudias estas vacaciones en la universidad solamente alcanzarás el conocimiento. Pero si vienes a mi casa, *conocerás.*”

CLARA.- Mi hermana siempre ha sido así de... literaria. Y no es que quiera engañarte o decirte las cosas como no son, sino que lo vive todo... con *su intensidad*, que es distinta a la del resto del mundo, por lo que se ve. Pero lo de la biblioteca es verdad. Es una maravilla. Está en la otra parte de la casa. Aquí he traído solamente... los libros que me han apetecido. Mi padre era un gran aficionado a la literatura. Como tú.

CARLOS.- (*En alusión a los trofeos de caza que cuelgan por todas partes.*) Y a la caza.

CLARA.- Aficionado a la muerte. (*Ante la reacción de Carlos a la contundencia de su frase, cuyo rostro parece solicitar una explicación.*) Ése fue el problema. Que nadie muere antes que a quien le gusta matar.

(La última frase abre un momento extraño entre ambos. Para rellenar el vacío, CLARA retoma su libro. Parece volver a leer, pero lo hace distraídamente, más como un impulso de timidez que con una intención verdadera de sumergirse en la lectura.)

CLARA.- ¿Vas a escribir aquí, mientras estés con nosotras?

CARLOS.- (*Asiente.*) No sé si os habrá contado tu hermana que he tomado una especie de desafío. He apostado con a un profesor de la facultad que escribo la mejor biografía sobre Leopoldo Ayuso.

CLARA.- ¿Y quién fue?

CARLOS.- Por eso necesita una biografía, porque nadie se acuerda de él. Un astrónomo que estudió el movimiento pendular, y las propiedades de los cuerpos, cuando se acercan entre ellos.

CLARA.- Perdona mi ignorancia.

CARLOS.- No tienes que disculparte. Yo tampoco lo conocía hasta que desafié a este profesor de la universidad. Hizo algún chiste sobre las mujeres escritoras que he procurado olvidar. Están haciendo pasar un tiempo muy difícil a tu hermana. Tiene que demostrarlo todo. Yo la defendí ante este señor, y en la discusión con él no sé cómo acabé liándome para tener más trabajo durante las vacaciones.

CLARA.- Me puedo imaginar lo que es la universidad para una mujer.

CARLOS.- Yo creo que debe ser difícil hacerse una idea aquí, viviendo tan aislada. A Leopoldo Ayuso le obsesionaba precisamente eso, la materia que no se ve. La frontera que separa lo que tocamos de lo que no podemos tocar. Todo en él es apasionante, cuando entras a fondo en el tema. Su vida y su obra.

CLARA.- *(Queriendo hacer una broma.)* Y has pensado que nuestra casa es el lugar ideal para escribir tu biografía... porque es un lugar que tampoco parece existir.

CARLOS.- No, no por eso. Porque aquí... con vuestra biblioteca... lejos de mi familia... Bueno, si te digo la verdad, sobre todo estoy aquí... porque tu hermana sabe convencer a cualquiera de cualquier cosa.

CLARA.- Eso desde luego.

CARLOS.- Me lo ha vendido como una especie de prueba. Con premio y todo.

CLARA.- Mi padre decía que las pruebas son para los caballos.

CARLOS.- No me importa convertirme en uno, con tal de ser el que gana.

(Breve pausa.)

CLARA.- ¿Hasta cuándo vas a estar con nosotros? No venía un plazo en ninguna de las cartas.

CARLOS.- Hasta después de carnaval. Con el entierro de la sardina, me marchó. No te creas, he dejado a mi familia con mucha pena, porque de donde soy yo celebrar el carnaval es poco menos que obligatorio. Estar estos días sin ellos es también un sacrificio, pero siento que lo necesito. Pienso que la distancia con los tuyos de cuando en cuando te fortalece.

CLARA.- Mi padre nunca nos lo permitió. Celebrar el carnaval, quiero decir. Él tenía un sentido de la aristocracia tan decadente que no se permitía ningún signo de decadencia. Y después de morir él... pues supongo que nos ha pasado como a esos perros que han estado tanto tiempo atados que, cuando por fin alguien les libera, no se separan de la soga. Hacemos exactamente lo mismo que cuando él vivía.

CARLOS.- *(Entusiasta.)* ¡Pues este año nos vamos de carnaval!

CLARA.- Creí que venías a estudiar y escribir.

CARLOS.- Eso es durante el día. Pero queda la noche.

(CLARA queda pensativa, como si una proposición tan repentina la hubiera aturcido.)

CLARA.- Voy a ir a buscar a madre. Parece que Mariana no es capaz de convencerla para que venga.

CARLOS.- Estoy deseando conocerla. ¡Me he formado una imagen de ella... no sé! Las cartas de tu madre son... como pura poesía. Mariana me las leía todas en voz alta, en nuestro dormitorio de la universidad. Cómo describe todo... ¡Es que te llena los sentidos! Son... se lo he dicho muchas veces a tu hermana, ¡como un bocado de fruta fresca!

CLARA.- Las cartas de mi madre... las escribo yo.

(Al decir esto, entran ISABEL y MARIANA, la primera del brazo de la segunda. ISABEL farfulla algo incomprensible. Está vestida con unos harapos que en algún momento debieron formar un magnífico vestido, y tiene el pelo recogido, tocado como para una gran fiesta que nunca llega. Parece una de las mujeres extravagantes de las novelas de Dickens. Cuando habla, lo hace como si recitara, viviendo en un tiempo irreal, el de su imaginación. De cuando en cuando tiene chispazos de lucidez, en los que puede entrar en una conversación normal. MARIANA trae en la mano unas botas secas y unas medias, que comienza a colocar al instante en los pies de CARLOS con una evidente dulzura.)

CARLOS.- (A MARIANA) ¿Tú no te calzas?

MARIANA.- No me hace falta. A mí no me ataca ni el frío.

ISABEL.- *(Como si recitara, los ojos orientados hacia la luz de la ventana.)* Vendrán ejércitos de espinas a tu casa, y te rodearán con brazos de hojas, hasta que un corazón herido de espigas--

MARIANA.- Mamá, este es Carlos. Mi compañero de universidad. Va a pasar unos días con nosotros.

(ISABEL sonrío. CARLOS, cariñoso, se inclina ante ella)

ISABEL.- *(Como molesta por la explicación.)* ¡Ya sé que va a estar unos días con nosotros!, ¿O te crees que no me entero de nada?

CARLOS.- Gracias por la generosidad de tenerme aquí.

ISABEL.- Has venido en un momento muy apropiado. En estos días nos visitarán los ejércitos de la siega, y no podrán hacer nada para detener esta explosión vegetal que poco a poco nos rodea.

MARIANA.- Mi madre mezcla... momentos de lucidez con sus obsesiones. La última por lo visto es que... (MARIANA mira a CLARA, en busca de información más precisa de qué es lo que le está ocurriendo últimamente a la madre.)

CLARA.- (Algo aparte.) No para de hablar de... plantas que nos amenazan, rosales que nos hacen enfermar... Es como si tuviera miedo de la naturaleza.

ISABEL.- (Sorprendiendo a todos porque creían que podían hacer un aparte sin que ella lo escuchara, y haciendo una aclaración que considera necesaria, dada la imprecisión de sus hijas al respecto.) Soy la jardinera del Apocalipsis.

MARIANA.- (Aparte.) Pues ahí lo tienes. La jardinera del Apocalipsis.

(CARLOS, voluntarioso, contesta con una sonrisa la intervención de ISABEL. Las hermanas la sientan junto al fuego y le colocan una manta sobre las rodillas.

CARLOS la besa cariñosamente. ISABEL casi intenta apartarse, cuando recibe el beso.)

ISABEL.- Es muy besucón, este chico.

MARIANA.- Teníamos muchas ganas de verte, Mamá.

ISABEL.- (Mirando de arriba abajo a CARLOS, y dirigiéndose a él.) ¿Y tú no tienes familia que te espere, cuando la Universidad cierra?

CARLOS.- ¡Claro que sí! Pero quise aceptar la invitación de Mariana, y pasar unos días con vosotras. Conocer vuestra biblioteca. Y escribir.

ISABEL.- E hiciste muy bien. En la biblioteca hay de todo. Tenemos más volúmenes que muchos conventos, y mejor elegidos. Los libros esperan siempre a la persona adecuada. No tienen prisa. Y los nuestros, menos que ninguno. (Transición.) Las mujeres no deberían estudiar, lo sabes ¿verdad?

MARIANA.- ¡Otra vez con eso, madre!

(CLARA hace un gesto a su hermana de que lo deje estar.)

ISABEL.- No pueden estudiar porque se endemonian. Una mujer puede leer y saber todo lo que quiera, y eso le va a venir bien. Pero lo tiene que hacer aquí, en casa, en su sitio. Cuando su padre todavía vivía, habíamos alcanzado el equilibrio perfecto: él compraba los libros y nosotras nos los leíamos. Para él la sociedad y para nosotras el conocimiento. ¿Para qué necesita Mariana ir a la facultad? Las mujeres han gobernado siempre el mundo desde dentro, desde el hogar. En cuanto pongamos un pie en la calle y queramos hacerlo al revés, seremos nosotras las gobernadas. Eso si no os hacéis putas antes, claro.

MARIANA.- ¡Mamá!

CLARA.- *(En voz baja.)* ¡Pero no te la tomes más en serio que cuando habla de hormigas que hablan latín y trepan a nuestras camas! ¡Ya sabes cómo está...!

ISABEL.- *(a MARIANA.)* Antes, cuando te fuiste, sí estaba muy enfadada. Clara lo sabe: que siempre le decía que ojalá hubiera sido ella quien se hubiera ido. Pero de todas formas ya da igual, hija, porque existe un tipo de enredadera que se llama *Ruinas de Roma*, ¿Lo sabías?

MARIANA.- No tenía ni idea.

ISABEL.- Que tú no lo sepas no quiere decir que no exista. O más bien lo confirma. Se llama así porque crece entre los restos de la civilización... y nace solamente para eso, para devorar civilizaciones que han muerto o están a punto de morir, como la nuestra... y eso, corriendo el tiempo, afectará tanto a las que se han hecho putas como a las que no. Porque la planta no distingue.

(ISABEL parece haberse cansado de hablar. Queda mirando al fuego, con la mirada perdida y murmurando para sí frases ininteligibles.)

CLARA.- ¿Y cómo es la universidad, entonces? ¿Cómo es vuestra vida allí? ¿Qué tal te tratan?

MARIANA.- (*Seca.*) ¿Por qué? ¿Tú también piensas como Mamá?

CLARA.- (*Con paciencia y serenidad.*) Sabes que no, Mariana. Sabes que incluso me gustaría ir a mí también.

CARLOS.- ¿Por qué no lo intentas tú también? El mundo necesita de mujeres como vosotras.

MARIANA.- Porque antes tiene que poblar su cerebro. Y le llevaría tiempo.

CLARA.- Porque alguien tiene que quedarse con Mamá.

CARLOS.- ¿No tenéis criados?

ISABEL.- Hay una muerte vegetal oculta en nuestra tierra, navegando en nuestro agua. Cuidado. Mucho cuidado.

MARIANA.- Piensa solamente en la palabra: “criado”. Nosotras no podemos tener algo que se llame así, si queremos ser mujeres nuevas de verdad.

CLARA.- Despedimos a todos cuando murió Papá.

MARIANA.- Hasta al que se había enamorado de mi hermana.

CLARA.- Ese fue el primero que Mariana decidió despachar, adivina por qué.

MARIANA.- Nosotras nos bastamos para hacer las cosas. ¿Cuántos criados tenéis en vuestra casa?

CARLOS.- (*Algo avergonzado de confesarlo.*) Más de diez, creo yo. Si te digo la verdad nunca los he contado. Tendría que ir recordando uno por uno.

ISABEL.- Si les damos agua sucia, serán plantas sucias.

CLARA.- Pero decidme, ¿Cómo es aquello?

MARIANA.- Es... una forma de ir probando un trozo de infierno. Como si tomaras parte de tu condena por adelantado. Yo me he enterado hace poco de que a mí me admitieron en la facultad porque el decano quiso hacer reír a los muchachos leyendo en voz alta mi petición, y votando en asamblea pública. Pero resultó que los estudiantes odian las clases del decano, así que votaron en contra de su opinión solamente para fastidiarle. Ésa es la verdadera razón por la que mi solicitud fue

aceptada. Y también puede entenderse al contrario: los estudiantes hubieran admitido a un cangrejo, si el decano no hubiera querido hacerlo.

CARLOS.- *(Divertido.)* ¡También hemos descubierto a una mujer que se disfraza de hombre para no pasar por las humillaciones que Mariana! Queremos convencerla de que se atreva a enfrentarse a los demás como ella, a cara descubierta.

MARIANA.- *(Divertida, como si repitiesen una conversación que han tenido ya muchas veces, y en la que no acaban de llegar a un acuerdo.)* ¡Otra vez! ¡Que no es una mujer disfrazada de hombre! ¡Que es un hombre afeminado!

ISABEL.- *(Para sí misma, pero audible para el público.)* La mejor escritora de nuestro siglo se llama Fernán Caballero. A mí me hace gracia lo de Caballero, no me digáis.

MARIANA.- ¡Un hombre sin asomo de barba! ¡Una cosa es ser afeminado y otra no tener barba!

CLARA.- Hay muchos hombres imberbes.

MARIANA.- *(Agresiva, hacia su hermana.)* ¿Estabas allí? ¿La has visto? ¡Pues descríbela tú!

(CLARA, intimidada, se retira algo de la conversación y atiende a la madre, que no deja de murmurar frases incomprensibles que tienen que ver con la naturaleza. Después cambia de opinión y comienza a salir de escena por la derecha.)

CLARA.- Voy a por la medicina de Mamá. Después de las murmuraciones siempre le entran los nervios.

CARLOS.- *(A MARIANA.)* Nunca te había visto tratar mal a nadie hasta hoy. Creí que eras una de esas personas que no se enfadan nunca.

MARIANA.- Pues ya ves, lo tenía todo reservado para mi hermana. ¡Es que me saca de quicio que opine siempre sin tener ni idea de nada!

(Los dos quedan mirándose, en un momento de transición silencioso en el que no se oyen más que las murmuraciones de la madre.)

ISABEL.- Tú, tormenta, haz lo tuyo. Destruye si tienes que destruir.

MARIANA.- *(Tomándole de las manos.)* Lo vamos a pasar muy bien, ya verás. No cambia nada. Esto que has visto es lo normal, nuestro día a día. Cosas de familia. Aunque ella ponga esa cara de cordero degollado, está más que acostumbrada a cómo nos tratamos. Siempre hemos estado igual, a la greña de la mañana a la noche. Es nuestra forma normal de hacer las cosas. La única diferencia es que cuando mi padre vivía discutíamos a escondidas, y ahora la batalla puede comenzar en cualquier lugar y a cualquier hora.

CARLOS.- A mí me ha caído bien.

MARIANA.- Eso es porque acabas de conocerla. Dímelo dentro de dos semanas.

(CARLOS se aparta de ella, dejando sus manos, y vuelve a distraerse mirando los libros. ISABEL hace un gesto a CARLOS de que se acerque. MARIANA se coloca detrás de su madre, desde donde puede hacer gestos a su compañero sin que su madre la vea.)

ISABEL.- Mi Mariana, si al final llega a conseguirlo —y es posible que lo haga porque es cabezona como ella sola— será la peor abogada que haya existido nunca. Eso el romero lo sabe, y las azucenas lo cuentan. Si hubiera sido pintora habría mostrado al mundo cómo somos por dentro, y eso está bien. ¡Pero abogada! Es como querer engañar al diablo colocándote debajo de su puñal, ¿comprendes? *(Transición.)* ¿Y tú qué estudias, si se puede saber...?

CARLOS.- Un poco de todo: Lengua, Filosofía, Historia del Arte.

ISABEL.- Todo lo que no sirve para nada.

(CARLOS no puede menos que sonreír ante la ocurrencia de ISABEL.)

CARLOS.- Ya servirá.

ISABEL.- Nunca, hijo. Todo eso no nos sirve más que para acabar *(Señalando el fuego.)* en la hoguera. ¿Tanta prisa tenéis por probar las llamas?

(Breve silencio, en el que ISABEL queda mirando el fuego.)

ISABEL.- Yo creo que mi hija me engaña... no la que se ha ido a por mi medicina, ésa también, sino la que tú conoces, Mariana. ¿Es verdad que hay otras mujeres donde vosotros estudiáis?

(MARIANA le hace un gesto de que diga que sí.)

CARLOS.- Sí, claro. Es algo que ya no hay quién lo pare. Ahora son diez, después quince, y al final habrá tantas mujeres como hombres.

ISABEL.- Pues a mí me parece que te ha traído aquí estas vacaciones solamente para mostrarme que hay otra persona en el mundo que está igual de chalada que ella. Porque no eres su novio ni nada. Querrás hacerle tus cosas, como es natural. Cosas de animales, que son las que de verdad son normales.

CARLOS.- *(Olvidando las últimas palabras de la madre.)* Lo de que una mujer estudie va a llegar a ser muy normal. Ya lo verá. A mí me ha conquistado por eso.

ISABEL.- No, no lo verá, ni tú tampoco. *(Como quien revela un secreto de estado.)* Acuérdate de las *Ruinas de Roma*. Siguen escalando las paredes de nuestras casas. Lo ocupan todo. No paran de crecer. Si la lluvia parase, podríamos oír el rumor de su desarrollo. Son como una revolución verde.

Unas plantas dañinas que se han hartado del hombre, y con razón. Todos vamos a sufrir una muerte de oxígeno y clorofila. En la Biblia hay muertes así, míralo. Lo podría comprobar yo misma, pero es que he dejado de leer. No hago más que mirar por la ventana, oír cómo crecen las plantas y se apoderan de todo. Esperar la muerte, vamos. *(Transición, en la que retoma un tono más “normal”).* Yo le digo a Mariana muchas cosas para fastidiar, y no digamos a la otra, pero la verdad es que si yo hubiera vivido este tiempo que os ha tocado, y no todos a la vez, como estoy haciendo ahora, habría hecho lo mismo. También hubiera cogido mi maleta y me hubiera largado a ver el mundo. Pero eso a Mariana no se lo voy a decir. Ni ahora ni nunca. ¡Lo que le faltaba, bastante creída es ya!

(MARIANA sonríe, detrás de ella. Al tiempo, CLARA entra llevando un vaso de un líquido blancuzco.)

MARIANA.- ¿Le sigues dando trigo?

(CLARA asiente.)

CLARA.- Le sienta bien. Se tranquiliza un poco.

(MARIANA quita el vaso a su hermana y lo ofrece a la madre, que al instante comienza a beberlo a pequeños sorbos.)

MARIANA.- *(Con dulzura.)* A sorbos pequeños no sirve para nada, Mamá, tienes que tomártelo de golpe.

(MARIANA le mantiene el vaso arriba después de uno de los sorbos, para que no tenga más remedio que seguir bebiendo. Parte del líquido se derrama por su cara. CLARA saca de su vestido un pañuelo y limpia la cara de la madre con primor.)

CLARA.- ¡Pero qué burra eres, Mariana! ¡Mira cómo la has puesto!

MARIANA.- A ver si hay otra forma de dárselo.

CARLOS.- *(A MARIANA.)* Estoy deseando ver la biblioteca de verdad. La grande.

MARIANA.- *(Esta vez más como una broma con la que intenta provocar.)* Seguro que mi hermana se enfada si digo que es lo único de valor que me queda aquí.

CLARA.- Tú verás qué crees tener aquí. No voy a ser yo quien te lo diga.

MARIANA.- *(A CARLOS.)* Después de comer vamos a pasar la tarde entera trabajando en la biblioteca. De todas formas, ¡mira qué tiempo! No habríamos podido hacer otra cosa. No te decepciona, ¿verdad?

CARLOS.- Tú no puedes controlar el tiempo de momento.

ISABEL.- ¿No habéis comido, verdad? *(Autocorrigiéndose.)* ¡Claro, cómo ibais a hacerlo, si acabáis de llegar! Hoy comemos ciervo, porque Clara estuvo ayer de caza. Sigue provocando a la naturaleza. Parece que está deseando que nos invadan. Ya le he dicho mil veces que matando un ciervo despiertas a los ejércitos de la muerte, pero ella como si nada. Jugando a la sangre hasta que la muerte la encuentre. Igual que su padre.

CLARA.- *(A las otras dos.)* Ayer compré parte de un ciervo a unos cazadores, por si finalmente veníais.

MARIANA.- Tendremos para una semana. Apenas si comemos.

CARLOS.- Nos hemos acostumbrado a comer muy poco y siempre a deshoras, para no tener que coincidir en las cantinas con los otros estudiantes.

MARIANA.- Así no tenemos que oír las barbaridades que me dicen.

CLARA.- ¿Y los profesores?

MARIANA.- ¡Esos son los peores! Resulta que los (*Comienza a hablar en un estilo ampuloso, burlándose de la supuesta dignidad de la universidad.*) honorables y doctos profesores, cuando miran una mujer, no ven más que tetas, igual que cualquier otro gañán con menos lecturas y agudeza.

CLARA.- Que Mamá no te oiga nunca hablar así, Mariana.

CARLOS.- (*Divertida.*) Mariana tiene uno que parece un búho.

MARIANA.- Y tanto, porque solamente parece despertar de noche. Ya sé por qué representan a la sabiduría con un búho: porque la mayor parte de los profesores de universidad tienen cara de ave nocturna.

CARLOS.- Cuéntale a tu hermana lo que le dijiste al búho.

MARIANA.- Me tomó aparte, después de una gran clase en el auditorio. Derecho y forma de gobierno. Me retuvo hasta que todos los estudiantes se hubieron ido, y después me llevó a una especie de gabinete pequeño, donde los estudiantes de medicina hacen los vaciados de escayola y los estudios de anatomía. La cosa era más rebuscada porque yo estudio leyes, así que no pinto nada allí. Y en cuanto entramos en el gabinete me comenzó a decir, tocando un cuerpo de escayola como si me palpara a mí: “¿Sabía usted que el sistema vascular de la mujer es más débil y más movable? ¿Que su pulso es más frecuente pero menos resistente, variable y presto a acelerarse, su corazón es menos voluminoso, la paredes de sus arterias menos densas, y menos firmes...?”. Le dejé un rato con su disertación sobre mujer y medicina, pero yo entendí al momento que esa era la forma en la que un búho como él declaraba su deseo, disertando sobre anatomía y tocando la escayola, igual que un pastor compara a su amada con la última ternera nacida. Así que cuando por fin me cansé de su topre cortejo le miré muy seria, y le solté: “No piense que hay la más remota posibilidad de que acabe en su lecho. Su mujer ya está haciendo el sacrificio por el resto de nuestro género.”

(MARIANA y CARLOS rompen a reír, como una broma de camaradería que se han relatado muchas veces. CLARA intenta participar también de la broma, aunque resulta evidente que no lo encuentra tan gracioso.)

ISABEL.- *(Entra en la conversación por sorpresa, porque hasta ese momento parecía no estar escuchando.)* Siempre ha habido en la historia voces elocuentes y doctas que defiendan a la mujer antigua: Confucio, Zoroastro, Manú; Moisés, el legislador divino... Y hasta Jesús de Nazaret.

CARLOS.- Pues todos debieran venir a ayudar a Mariana, la mitad de los días. Trabajo tendrían.

(MARIANA y CARLOS vuelven a sonreír, cómplices.)

ISABEL.- *(Sentenciosa.)* Y la mayoría de ellos encontraron una muerte violenta.

CLARA.- ¿Cómo os conocisteis?

CARLOS.- El destino lo hizo. Los dos bichos raros estaban condenados a conocerse.

ISABEL.- *(Misteriosa)* El diablo atrae a los iguales. Eso es cierto. Necesita un ejército que haga que el mundo gire al revés. Si se consigue desnudar a los árboles, no darán fruto pero desearán hacerlo.

MARIANA.- En lo de llevarse tan bien, ya jugó la suerte.

CARLOS.- Desde noviembre no pagamos más que un alquiler. Vivimos en una sola habitación.

ISABEL.- Lo que yo decía. Vive como puta de arrabal.

CARLOS.- ¡Y ésa es otra, la casera! Nos ha pedido no sé cuántas veces certificado de matrimonio- -

CLARA.- *(Cortando en seco la historia que CARLOS comenzaba, sin duda envidiosa y molesta al encontrarse totalmente ajena a las aventuras sobre las que hablan.)* Bueno, pues vamos a comer ya, que traeréis mucha hambre del camino.

MARIANA.- Alguna.

CARLOS.- *(a CLARA.)* ¡Y después tenemos que ver eso del carnaval!

MARIANA.- (*Muy sorprendida.*) ¿Qué del carnaval?

CARLOS.- Mientras buscabas a tu madre, Clara y yo hemos pensado en preparar trajes para el carnaval. Ya te he contado muchas veces que es la tradición que mi familia más venera. No puedo perdérmelo este año porque esté aquí. Al contrario, me encantaría ver cómo se celebra en tu tierra. Y tu hermana está dispuesta.

MARIANA.- Ella está dispuesta a hacer cualquier cosa que no me agrade.

CARLOS.- Ya te he contado que en mi región no hay persona que se resista a celebrarlo, desde el aristócrata más engolado al villano más hambriento. Mis antepasados se levantarían de su tumba si dejara pasar un año sin meterme en carnaval.

ISABEL.- A lo mejor tu región está tomada por el diablo, y no lo sabéis.

CARLOS.- Y además teniendo tanto tiempo... ¡no vamos a estar todo el rato entre libros! ¡Cuando volviéramos dejaríamos a los otros estudiantes aún más en ridículo!

CLARA.- A mí me parece una buena idea. Con padre nunca pudimos hacerlo...

MARIANA.- (*Despectiva.*) A ti claro que te parece bien. Cualquier cosa que no sea normal te agrada.

CARLOS.- (*Casi rogando, a MARIANA.*) Piénsatelo. Nos vamos una noche al pueblo, una tan sólo. Seguro que tenéis unas manos prodigiosas haciendo trajes.

ISABEL.- Bastante carnaval debe estar haciendo Mariana en la universidad.

MARIANA.- (*Sobreactuando, escandalizándose más de lo que debiera.*) ¡Dime si no es normal que me sorprenda! ¡Precisamente he sacrificado todo para no seguir siendo una mujer que cose en casa, y ahora quieres que dedique mis vacaciones a hacer vestidos!

CARLOS.- No es hacer vestidos, Mariana. Es solamente preparar un traje de carnaval. Y yo soy el primero que se ofrece a enterrar sus manos entre telas e hilos.

ISABEL.- Vestirse ya es una forma de enterrarse. Un buen traje tiene algo de mortaja. Si lo piensas, el carnaval es una forma de mostrar y esconder tu cuerpo a un mismo tiempo.

MARIANA.- *(Mirando a su alrededor, como si de verdad creyera en lo que dice.)* Esta casa... esta casa tiene algo. ¡Acabamos de llegar y ya me parece estar contemplando visiones!

ISABEL.- Escondes tu cuerpo a Dios y se los muestras al diablo. Son problemas de la carne.

CARLOS.- *(Despechado, como en una discusión entre enamorados.)* Lo que yo estoy viendo también parece un espejo deformado. Me habla otra persona. No es la Mariana que conozco, esa que se apunta a cualquier chanza. ¡Qué digo! ¡Acabo de conocer a otra persona!

ISABEL.- Dicen que en tiempo de carnaval se abre la sima que separa el mundo de los muertos y de los vivos, y durante estos días se permiten las circulaciones entre un mundo y otro. Por eso el diablo impuso la moda del disfraz, para que nadie se sorprenda por las criaturas que puedan verse en esos días.

(Se oye fuera un ruido enorme, un trueno que hace vibrar la casa entera.)

ISABEL.- ¿Oís? Siempre que hablo del diablo, me contesta. Es muy mirado. Mariana, llévame al invernadero. Quiero ver desde allí la tormenta. Si finalmente el cielo llega a abrirse, quiero ser testigo del hundimiento.

CLARA.- No la lles, que ayer volvió chorreando. En cuanto te descuidas sale al jardín a hablar con las plantas y se moja de pies a cabeza. La obsesión le va a costar una pulmonía.

ISABEL.- ¿Qué te parece? A veces no tengo claro quién es la vieja y quién la joven. Tu hermana no se cansa de jugar a aburrirse y aburrir a los demás, de paso. Anda, Mariana, cógeme del brazo.

(MARIANA toma a su madre del brazo y salen por la derecha. CLARA le dedica una mirada de reprobación.)

CLARA.- *(En un suspiro.)* ¡Bueno, pues esta es la familia!

CARLOS.- Lo que no se ve en las cartas.

CLARA.- Exactamente. Lo que no se ve en las cartas. Pero precisamente por eso me gusta tanto la literatura. Porque es mentirosa.

CARLOS.- Como los poemas de Hemans.

CLARA.- ¡Y Hemans es la menos mentirosa de todas! ¡Coge a Shakespeare, y verás cómo te ha seducido mil veces antes de haber dicho una verdad! Eres su amante y aún no te ha dicho una frase auténtica.

CARLOS.- (*Agresivo, conquistador.*) Como los hombres de verdad.

CLARA.- Supongo. Yo nunca he salido de aquí.

CARLOS.- (*Juguetón.*) ¿Y ese criado que decía tu hermana?

CLARA.- (*Seca, cortando ese tema de conversación.*) Ese criado ya no está aquí.

CARLOS.- Eso tenemos que arreglarlo. (*Queda pensativa un instante.*) Lo que no me explico es lo de tu hermana. Acabamos de llegar y se ha transformado en otra persona.

CLARA.- Es como las monedas, que tienen dos caras distintas pero ambas suponen un mismo valor. Para mí la cuestión es la contraria: desde mi punto de vista, donde debe haberse transformado es en la universidad. Aquí es ella, sin más. La situación debe estar incomodándote mucho... la recepción ha sido ni con mucho la que esperabas. Debes pensar que has hecho el ingreso en un manicomio.

CARLOS.- No. Bueno, la verdad es que no sé cómo me siento. Desconcertado, será la palabra que busco. Trato de asumir lo que veo.

CLARA.- Debes acostumbrarte. Es la misma que conoces. No ha cambiado nada. Lo que te... inquieta le pasa solamente cuando yo estoy cerca. Cuando yo vuelva a estar lejos, seguirá siendo la misma que has conocido. Lo que quiero decir con esto es que no te ha engañado. Viniendo aquí entras en la zona de sombra de una persona, su diario oculto. Todos la tenemos, no solamente ella. Pero la otra parte, todo lo bueno que has visto en ella, es tan cierto como lo malo. Soy yo la que no lo verá nunca.

CARLOS.- ¿Y tu parte mala?

CLARA.- ¿Cómo?

CARLOS.- Sí, ¿cuál es? Has dicho que todos tenemos una.

CLARA.- (*Sentenciosa, como un pensamiento muchas veces evocado.*) Mi parte mala es que los días pasen y no haga nada para que mi vida cambie.

CARLOS.- ¡Por eso necesitas el espíritu del carnaval! Para que te preste la locura que te falta.

CLARA.- Sí.

(Tras la frase se establece un silencio.)

CARLOS.- Oye, de lo que ha dicho tu madre... hay una cosa que sí me había llamado la atención.

CLARA.- ¿Cuál?

CARLOS.- Lo de la edad. Eso de que a veces no sabe quién es la joven y quién la vieja. Por más que os miraba apenas si veía diferencia entre las tres. Tu madre debió teneros cuando era una cría. Eso, o que no ha envejecido nada.

CLARA.- (*Ambigua, sin ganas de continuar la conversación por ahí.*) Las dos cosas.

(A CARLOS le da la risa, pensando en todo lo que ha visto ya.)

CARLOS.- Vamos a hacer esos trajes, quiera tu hermana o no. Y si ella no quiere venir al carnaval del pueblo, nos escapamos nosotros.

CLARA.- (*Sin demasiada convicción, dispuesta a no resistir.*) Como quieras. De todas formas, un día no va a cambiar nada.

CARLOS.- Eso sí que no puedes saberlo. Un día puede cambiarlo todo. Vamos a hacer este traje, lo acepte tu hermana o no. Y además tiene que ser tan bello y salvaje que la gente lo recuerde mucho tiempo.

CLARA.- Si llegamos a hacerlo, no me cabe duda de que será algo recordado.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

El mismo escenario inicial, pero de madrugada. La chimenea está apagada. Apenas un velón encendido ilumina el lugar en el que se encuentran CLARA y CARLOS, que se han citado en mitad de la noche, a escondidas de las otras dos. Ambos visten ropa de dormir. CLARA se encuentra subida en una pequeña caja de madera. CARLOS la rodea con un metro de tela en la mano, tomándole las medidas para el vestido de carnaval. Va anotando las cifras en un papel, donde puede verse dibujado un figurín. Junto al papel, unos recortes de tela basta para patrones. Tiene que acercarse mucho al metro para poder ver los números, por la oscuridad, lo que produce un curioso ritmo en el proceso.

CLARA.- No sabía que hubiera hombres que cosieran.

CARLOS.- Hay hombres que hacen de todo.

CLARA.- Aún así, lo que hacemos me parece raro.

CARLOS.- ¡No me digas tú! Escondidos, en mitad de la madrugada, como si estuviéramos haciendo algo malo.

CLARA.- *(Juguetona, con una intención que no ve del todo CARLOS.)* ¿Y no estamos haciendo algo malo? ¡Qué decepción!

(CLARA parece tener cosquillas en todas partes, se contonea cuando la toca y hace muy difícil que tome las medidas.)